

La ingeniosa metamorfosis de don Quijote Samsa

Por KEVIN FERNÁNDEZ DELGADO
Ilustración: BALLATE

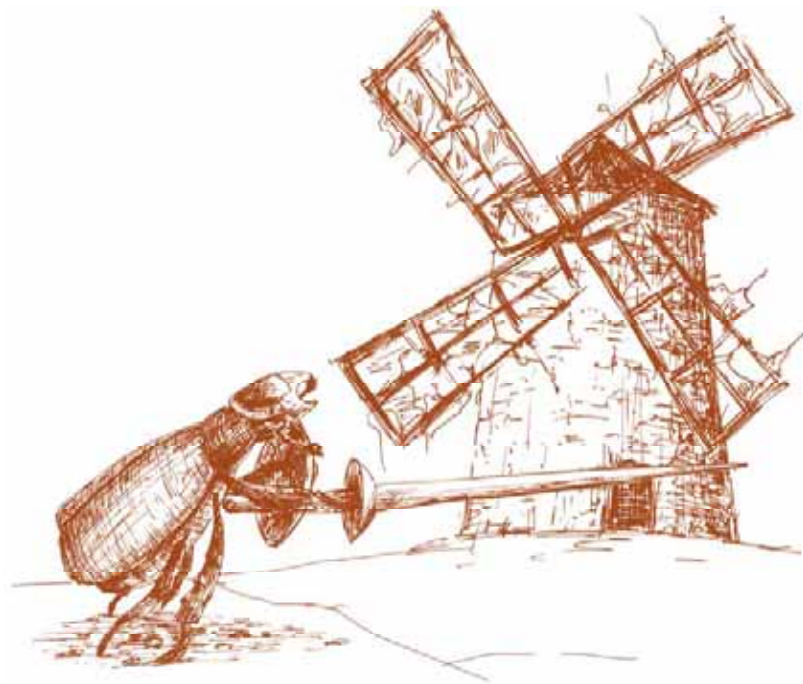
En el presente trabajo pretendo establecer un paralelismo ya perfilado por Alejo Carpentier en algún breve momento del primer ensayo de *Tientos y diferencias*, entre dos obras maestras de la literatura universal, con diferencias aparentemente irreconciliables: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, la historia del loco caballero andante que un día, figurando vivir un mundo de ficción, sale a arreglarlo a su modo, de Miguel de Cervantes Saavedra, creador de la novela moderna, y *La metamorfosis*, tétrica historia de la vida de un hombre que, convertido en un terrible insecto, debe hacer un intento desesperado e inútil por volver a recuperar su humanidad, de Pan Franz Kafka. Ambas obras fueron publicadas con 300 años de diferencia: 1615, año en que se termina de publicar la segunda y última parte de *El ingenioso hidalgo...* en España, y 1916, fecha de publicación del relato largo *La metamorfosis*, en el entonces imperio Austro Húngaro. La primera creó la novela moderna; la segunda, en mi criterio, guarda relación con el realismo mágico que tantas flores ha dado en la literatura latinoamericana. Tales libros, separados por un increíble mar de tiempo, concebidos en los extremos de Europa, quedan unidos, sin embargo, por una cantidad impresionante de vínculos.

Aunque resulte imposible que Cervantes haya leído *La metamorfosis*, sí es probable que Kafka haya conocido la novela del español. Ya

en vida de Cervantes la primera parte de *El ingenioso hidalgo...* era un libro “de buena venta”, según el testimonio el personaje Bachiller Sansón Carrasco al principio de la segunda parte. Es la época de la distribución masiva de las obras españolas por Europa. Palabras del léxico castellano pasan al repertorio de grandes genios de la literatura en otros países y lenguas. Pero el libro de Cervantes no cayó en la secuencia “de buena venta - pronto olvido” y ya en Amsterdam Dominicus Van Wynen (Ascanius), se basa en el episodio del capítulo 45 de la primera parte para pintar su famoso cuadro *Don Quijote en la venta*, más de medio siglo después de la muerte del autor. Entre los textos del libro de

Kafka *La muralla china*, aparece un mini relato: *La verdad sobre Sancho Panza*, donde se juega jocosamente con el tema de la autoría de las novelas del Quijote, aspecto específico con el que el mismo Cervantes ya jugaba. Durante esta aproximación, intentaré ignorar lo más posible este hecho, para no convertir mi comparación amistosa en una tonta reclamación de primacías.

Veo un poco los hombres sin aún entrar en los libros. Un español; un austro-húngaro. Dos vidas amargadas por una sociedad hostil. Ambos están al borde del derrumbe del poder de sus respectivas naciones, y lo intuyen. Cervantes estuvo en Lepanto y perteneció a la época del desastre de los cientos de barcos de la Ar-



mada invencible; Franz Kafka fue testigo de algo mucho peor: la primera carnicería mundial de 1914-1918, que terminará con un desastre para su nación de peor calibre. Ambos ven cómo un sistema de valores y creencias sociales se derrumba ante sus propios rostros. Uno ve el oropel falso de la presunta grandeza del Imperio Español que mantiene una corte esplendorosa en un país escuálido; el otro ve el barniz falso de civilización de países que, aunque dominan el mundo y los adelantos del progreso, son capaces de asesinarse mutuamente alrededor de 4 millones de soldados. Sus obras son alternativas de enfrentarse al desengaño de un mundo problemático, dos fantásticas formas de realismo.

La clave tanto de *La metamorfosis* como de *El ingenioso hidalgo...* lo constituye la transformación, pero solo como una puerta que lleva al personaje de un estado a otro en el transcurso de pocas palabras. Lo que se narra es, en realidad, las consecuencias de ese cambio y sus causas. Con anterioridad, Alonso Quijano ha sido un hidalgo, de clase media, al que las lecturas de caballería han, poco a poco, obsesionado, encerrándolo en su biblioteca; Gregorio Samsa, también de clase media, es un agente de viajes al que su trabajo y el dinero han obsesionado, andando errante tras de trenes y horarios sin apenas pensar en su vida.

Luego de la metamorfosis, Gregorio Samsa se ve rechazado por la sociedad, representada en su familia inmediata, recluso en su habitación con la esperanza de volver a la normalidad algún día; Alonso Quijano, luego de la locura, decide abrirse al mundo por medio de una sórdida caballería andante. La transformación misma ocurre para Samsa de adentro hacia fuera, antes de despertarse siendo insecto, ya lo era espiritualmente, es un milagro externo; la de Alonso Quijano es desde fuera hacia dentro, los libros de caballería mezclados con la realidad lo van enloqueciendo hasta volverlo Don Quijote,

un milagro interno. Hasta pudiera decirse que la relación fantasía realidad es una cuestión de enfoque. En *La metamorfosis*, el personaje despierta transformado ante el mundo; en *El ingenioso hidalgo...*, es el mundo el que se transforma ante los ojos del protagonista. Inmediatamente luego de sus cambios, mientras el futuro caballero andante selecciona el caballo, el nombre, la amada y la armadura, Gregorio Samsa intenta ponerse de pie y hacer un intento por proseguir su rutina que cree solo brevemente pausada.

La reacción del resto de las personas es devastadoramente equivalente. A ninguno de los dos se les entiende sino indirectamente, se han enajenado. Las reacciones son de terror, de burla, de desprecio, pero siempre negativas, porque ambos textos son epopeyas de un hombre ante la sociedad, y de los golpes que de esta va recibiendo. Si a Gregorio Samsa le irán quitando cosas del cuarto, que representan no tanto su anterior humanidad, sino la que ansía alcanzar, a Don Quijote le queman la mayoría de los libros y le emparedan la biblioteca, representación de sus ansias de caballería. Continuando con el tema de los objetos, en ambas obras aparece lo que pudiera llamar "talismanes". Para Don Quijote el yelmo de mambrino o el bálsamo de fierabrás es lo que para Gregorio Samsa el retrato de la mujer que no quiere que le lleven del cuarto, un objeto que les sirve de punto de apoyo.

Pasados esos terremotos iniciales de adaptación a nuevas perspectivas, comienza a ocurrir una adaptación que casi las hace encajar en el resto de la realidad armónicamente.

Por un momento parece que los protagonistas han triunfado. Ya Gregorio Samsa puede caminar por el techo y las paredes, ya Don Quijote es conocido y celebrado, cuando sobreviene un golpe fatal, a la manzana enterrada en el lomo de Gregorio pudiera compararse la derrota sufrida ante el caballero de los espejos

por el Quijote, que acaba su andar caballeresco.

Pero es que estos personajes, solo luchando, ya han vencido, aunque no logren imponerse individualmente, pues constituyen un ejemplo, un fracasado escarmiento contra las ansias de vivir y realizarse. Una forma de ver esto sería el análisis de la muerte de ambos personajes. Don Quijote, para morir, necesita recobrar la cordura y abjurar de sus ideales de caballería andante primero; Samsa debe creer firmemente que, perdida toda esperanza de recuperación, necesita morir. Pero en la trascendencia de la historia se aprecia una semejanza de transmisión. A la agonía de Alonso Quijano, Sancho Panza, su escudero, desea recontinuar las andanzas, ahora convertido en pastor; la hermana de Gregorio, al final, estira sus formas juveniles y los padres planean casarla, integrarla en un ciclo que de cierta forma será similar al de su hermano.

Hasta aquí se pueden palpar las increíbles semejanzas entre las obras de dos autores tan alejados en el tiempo. En esencia, porque ofrecen reflexiones comunes sobre las condiciones humanas que se pueden extraer de estos personajes. Mucho se ha hablado de la novela de Cervantes sin leerla a fondo; de la obra de Kafka, muchos solamente tienen en cuenta la atmósfera oscura, la enajenación, el efecto real-mágico de la transformación hombre-cucaracha. Deberíamos pensar, en cambio, que hemos acabado de ver las metáforas de dos vidas posibles, metáforas que, además del placer estético, son valiosas por lo extrapolable a contextos de cualquier sociedad y época, por reflejar, en lo profundo, el espíritu de nuestra especie.

